

Eduardo L. Holmberg, *Dos partidos en lucha. Fantasía científica. Introducción y selección de apéndices de Sandra Gasparini*
Buenos Aires, Corregidor, 2006, Colección “Voces y letras del Plata” (dirigida por Julio Schwartzman), 269 páginas.

Es posible que, guiado por el título y por la fecha de la primera edición de *Dos partidos en lucha* (1875), un eventual lector sospeche que en esta novela breve se alude a las disputas que un año antes habían enfrentado a mitristas y alsinistas a propósito de la elección del candidato que debía suceder a Sarmiento en la Presidencia; un conflicto que derivó en la elección de Nicolás Avellaneda y, a continuación, en el alzamiento de Mitre, reprimido finalmente por tropas leales al gobierno en la batalla de La Verde. Sin embargo, ese conjetural lector enseguida descubrirá que en esta “fantasía científica” no se narra esa *lucha* sino otra, también instalada en el agitado 1874, pero surgida de la imaginación del “escritor y científico” Eduardo L. Holmberg. Quienes luchan en esta *opera prima* del autor de “La bolsa de huesos” no son mitristas y alsinistas sino “rabianistas” y “darwinistas”, vale decir, los miembros del *partido* del “creacionismo” frente a los que defienden las por entonces novedosas y controvertidas teorías evolucionistas. De todos modos, lejos de plantear algún tipo de frontera evidente entre ciencia y política, lo que *Dos partidos en lucha* coloca en primer plano es que las querellas científicas a menudo participan de los modos espectaculares –y espectacularmente violentos– que suelen adoptar las disputas políticas. Al fin de cuentas, en ambos casos se trata de la lucha por el poder. Así, en esta “memorable contienda” que propone Holmberg proliferan bandos, tropas, *meetings*, periódicos parciales, masas enardecidas y hasta “cohetes” y “bombas”.

Sandra Gasparini, que hace pocos años preparó una excelente edición de otra novela de Holmberg (*El tipo más original*, Simurg, 2001), y que es además autora de varios trabajos sobre literatura fantástica y de ciencia-ficción en la Argentina, se ha ocupado no sólo de exhumar *Dos partidos en lucha* –que desde 1875 no había vuelto a publicarse– sino también de prologarla y de seleccionar los materiales que se recogen en los “Apéndices”.

Rebosante de un humor y una imaginación que compensan en parte ciertas debilidades de la estructura, este “juguete literario” se presenta como un manuscrito que un tal “Sr. D. Ladislao Kaillitz (darwinista)” ha entregado, antes de partir hacia Europa, a “Eduardo Ladislao Holmberg”, quien lo ofrece a los lectores. De esta manera, en este primer “ensayo” literario holmbergiano ya se instala aquello que Gasparini ha denominado (en el posfacio a *El tipo más original*) el “dispositivo Kaillitz”: un personaje-comodín (suerte de *alter ego* del autor) que desde esta aparición inicial circulará en otras de sus ficciones alternativamente como pseudónimo, personaje y voz narrativa. En *Dos partidos en lucha*, Kaillitz relata las diversas alternativas del “Congreso Científico Argentino”, en el que debe decidirse si “descendemos del mono” o “descendemos de nosotros mismos”; adicionalmente, en los capítulos iniciales, en dos *flashbacks* que retrotraen la acción a 1872, Kaillitz narra su singular acercamiento a las teorías darwinistas y los orígenes de su amistad con el “sabio” que se encargará de defenderlas en el Congreso: Pascasio Grifritz. Pero este “Congreso Científico”, que se resuelve con la victoria de los darwinistas en una sesión de la que participa el mismísimo Darwin (venido especialmente desde Londres), no se trata de un sosegado cónclave entre iniciados, sino de uno que, desde el *meeting* de convocatoria en la Plaza de la Victoria hasta los dos debates que se realizan a sala llena en el “teatro de Colón”, presenta rasgos turbulentos. Así, además de la ficcionalización de los avatares que articulan las “políticas de la ciencia”, la masividad del “Congreso científico” le permite a Holmberg abordar una cuestión que, en los siguientes años, ocupará en varios ámbitos gran parte de su vida pública: la difusión de la ciencia más allá de los restringidos círculos de “sabios”.

En la “Introducción”, Gasparini delinea diversos aspectos de la vida social y política de la Argentina de mediados de 1870 –una década atravesada por los traumáticos preludios de un proceso de modernización que se aceleraría en la siguiente– con el fin de analizar el “juego minucioso con el referente histórico” que, en distintos órdenes, se establece en *Dos partidos en lucha*. Entre otras cuestiones, se detiene en la ficcionalización de personajes contemporáneos nacionales y extranjeros, en la presencia central de las “multitudes” en el desarrollo de la fábula (donde advierte “un ominoso anuncio de los 80”) y en los varios apuntes acerca de la renovada sociabilidad porteña que asoman en esta primera incursión de Holmberg en la literatura.

Ese prolijo trabajo de contextualización también le posibilita revelar en la construcción de los contendientes del “Congreso” –Francisco P. Paleolítez y Juan Estaca, por el creacionismo, y Pascasio Grifritz, por el darwinismo– un correlato ficcional de los modelos de científico que se proponían por esos años y entre los cuales debía resolverse la pugna entre lo nuevo y lo viejo. Gasparini advierte cómo en esos y en otros personajes de esta “fantasía científica” aparecen diseminadas directa o indirectamente las características de personalidades

como Francisco Pascasio Moreno y Karl Hermann Konrad Burmeister, que por entonces daban el tono a las polémicas científicas vernáculas.

Además de la cuestión del modelo del científico, otro debate epocal que transita esta novela es el de las políticas en cuanto a colecciones y museos de historia natural y su rol en la divulgación de la ciencia (Grifritz, por ejemplo, atesora en los subsuelos de su mansión una ingente colección que los habitantes de Buenos Aires desconocen). En relación con ambos asuntos, y con la toma de posición acerca del “nuevo paradigma”, si bien en *Dos partidos en lucha* Holmberg deja en claro mediante diferentes indicios (por ejemplo, las últimas palabras de la novela son “E. L. H. darwinista”) cuál es su colocación, de todos modos permite que la ambigüedad y el espesor de lo literario corroan y pongan en crisis aun esas preferencias.

Varios párrafos del capítulo VII de esta “fantasía científica” están dedicados a la circulación a escala local de autores como Flammarion, Verne o el “capitán Mayne Reyd”, a los que se celebra por ser quienes “ponen la ciencia al alcance de todas las inteligencias”. Esa zona del texto, además de implicar una “incipiente sociología de la lectura”, involucra también un pliegue metaliterario mediante el cual la novela reflexiona sobre sí misma: sobre su inscripción genérica, sobre su posible *función social*, sobre las influencias que habrían obrado en su escritura, etcétera. Al respecto, Gasparini plantea que si por un lado la publicación de *Dos partidos en lucha* evidencia la voluntad de Holmberg (por entonces un joven estudiante de medicina) de “provocar” al “creciente público instruido del Buenos Aires de los 70”, al mismo tiempo, se advierte en la construcción del relato el “desafío” de hacer de la literatura (y, más específicamente, de un género moderno: “una protoforma de la ciencia ficción”) un espacio apropiado para la divulgación de novedades científicas.

Al analizar el *Facundo* (1845), Ricardo Piglia se ha referido al “uso desplazado de la ficción” del que se habría aprovechado Sarmiento en ese texto fundacional. Treinta años después, en *Dos partidos en lucha*, operaría algo distinto, aunque también se trataría de un episodio más de las relaciones entre literatura y política (en este caso, “políticas de la ciencia”) en la Argentina. Gasparini sugiere que la “autorreferencialidad” y “la hegemonía de la esfera estética” que articulan esta “fantasía científica” de Holmberg atenúan “a los ojos legos (...) el rigor científico y el carácter de discusión de alto voltaje” del género. De todos modos, continúa, esa torsión no obsta para que el texto *apunte* “directamente al corazón del paradigma anterior al evolucionismo”. (Apunte y –permítasenos extender el tropo armamentista– dispare e incluso dé en el blanco). El género –concluye sagazmente– actuaría en este caso como “coartada”.

En los “Apéndices” que completan esta edición se recopilan materiales que multiplican los posibles modos de acercarse a esta novela tan extraña como inquietante: un artículo del “célebre sabio francés M. Paul Broca” sobre “Los akkas. Raza pigmea de África central” que formaba parte de la tirada de 1875 (los “akkas” – o, mejor dicho, su cuerpo intervenido escandalosamente por la ciencia– juegan un rol fundamental en la resolución de la trama); una muy atendible reseña de Miguel Cané; un texto con el que Holmberg participó, en 1882, en una polémica sobre el evolucionismo; caricaturas del autor (por José M. Cao) y de Richard Owen y Charles Darwin (por Carlo Pellegrini) reunidas bajo el título “Figuraciones”; y, por último, un ensayo reciente de Adriana Rodríguez Pérsico –“Las reliquias del banquete’ darwinista”– sobre el entramado de ciencia y literatura en la producción de Holmberg.

En 1926, Roberto Arlt –otro escritor interesado en ciencias y pseudociencias– trastornaba la literatura argentina y lo hacía también con un “juguete literario”: *El juguete rabioso*. En el capítulo IV de esa novela, Silvio Astier se reencuentra con Lucio, un amigo de infancia con quien, tiempo atrás, ha saqueado una biblioteca escolar. Curiosamente, Lucio es ahora “agente de investigaciones”. Ante la extrañeza que produce en Silvio esta transformación, su amigo la justifica con argumentos que, por lo que insinúan acerca de la divulgación del discurso científico, acaso habrían interesado al darwinista que cincuenta años antes había escrito *Dos partidos en lucha*: “...Silvio, hay que regenerarse; así es la vida, *la struggle for life* de Darwin... [...] la lucha por la vida quiere decir, es un término que le aprendí a un gallego panadero que le gustaba fabricar explosivos”. Como nos lo recuerda Gasparini al rescatar y analizar la novela de Holmberg, la literatura nos ofrece fascinantes *eslabones perdidos* para aproximarse a la historia de las ideas en la Argentina.

Patricio Fontana